

«Eran mis primeros pasos por el mundo, su mundo»

Soledad Bianchi

En Manuel, una vida con mi padre, Paz Rojas nos muestra y nos acerca a un hogareño Manuel Rojas, su padre, en la intimidad de la familia y de sus próximos, pero –como en todo gran artista–, en este narrador-poeta-ensayista –nacido en 1896 en Buenos Aires y fallecido el 11 de marzo de 1973, en Santiago de Chile– esas alas de su ser, esos ámbitos de su vida, son inseparables del escritor Manuel Rojas que, evidentemente, no lo era sólo cuando estaba en su escritorio, la pieza y el mueble (que, como manteniendo y prolongando una cadena afectiva, es el mismo donde su hija menor, Paz, escribió este libro) porque Manuel Rojas no era escritor sólo cuando le sacaba punta al lápiz en ese aparatito que él había ajustado en el muro o cuando estaba en su mesa de trabajo, escribiendo a mano o leyendo, sino, también, cuando armaba el jardín y plantaba flores; redactaba cartas; hacía excursiones; viajaba; sufría; convivía con otros; iba a la oficina; amaba; construía una pajarera; estaba en silencio. Los seres humanos, lo sabemos, no somos parcelas ni compartimentos estancos, y si lo repito es porque me parece que hay personas que creen ser escritores únicamente en ciertas ocasiones y con horarios más o menos fijos: en un cocktail de 7 a 9, por ejemplo.

Dije que Manuel Rojas era escritor, también, cuando estaba en silencio, y ser y estar silencioso es uno de sus rasgos más definitorios. Tan callado era que su gran amigo José Santos González Vera, recuerda Paz, señaló: «Hablar no era ni es su debilidad» (70). Por su parte, en una entrevista publicada en *El Mercurio*, en 1961, Germán Ewart –nombre usado, a veces, por el periodista Hans Ehrmann–, añade: «... sus palabras pesan menos que sus silencios...». En todo caso, esos silencios de Manuel Rojas no son «silencios silenciosos» ni inproductivos, muy por el contrario: son elocuentes, son pausas, son como una preparación, son como paréntesis necesarios para emprender el difícil camino de la escritura que no nace de la nada ni del bullicio ni del bochinche ni del barullo inconsciente y sin sentido sino de la curiosidad, la reflexión, el sosiego, la reserva prudente, la calma. Muy bien lo transmite Paz al decir: «Sus silencios estaban llenos de recuerdos y creaciones que aumentaban cuando perpetuaba sus caminatas por los campos, montañas y costas; silencios que siempre respetamos [los hijos]. Rara vez lo acosamos con preguntas. En su interior iba construyendo paso a paso, recuerdo a recuerdo, imagen a imagen, los personajes, paisajes, ciudades y compañeros de vida y de ficción» (51).

Me detengo –yo– y repito dos frases: «... silencios que siempre respetamos. Rara vez lo acosamos con preguntas...», e insisto en ellas porque me parece que trascienden esta situación precisa permeando la vida y convivencia completa de Manuel Rojas con sus hijos y viceversa, pero, asimismo, enfatizo y subrayo la palabra «respeto» porque me parece que es uno de los rasgos más definitorios del escritor en su modo de plantarse en el mundo y en su manera de relacionarse con quien fuera: fuera amigo o no, conocido o no, de su edad o no, de sus ideas o no. Y su postura *respetuosa* me parece absolutamente inseparable de su convicción y ejercicio de la *libertad* y la *dignidad*, que no se limita a practicar personalmente en su día a día, sino que se traslada y evidencia en sus obras: ¿quién más digno, (me) pregunto, que el personaje hambriento del cuento «El vaso de leche»?

Como un recorrido cronológico no estricto está ordenado este volumen, perteneciente a la Colección «Memorias» de la Editorial LOM. Y resulta muy sugerente advertir de qué manera Paz Rojas lo organiza y enfoca su escritura, que se proyecta desde ella en primera persona, eso que los especialistas llaman: «escrituras del yo» o «géneros del yo o de «no-ficción»:

He intentado ahora, casi al final de mis días –informa la autora–, escribir los recuerdos que tengo de la vida junto a mi padre, el escritor Manuel Rojas. Era un anhelo antiguo,

lleno de amistad y afecto. Las evocaciones que tengo de mi vida junto a él son nítidas, casi transparentes, y aspiraré a recordarlas en el espacio de los años que vivimos juntos (9).

A mi modo de ver, las cartas de Manuel Rojas serían las mayores ordenadoras, los pivotes del relato. Es admirable cómo se usan fragmentariamente y cómo Paz hace la transición desde ellas hacia el comentario o la continuidad de lo que las misivas expresan. De este modo se va articulando esta biografía, este trayecto de la vida de Manuel Rojas, presentando –como dije– al escritor en sus múltiples actividades: viajero incansable, profesor, amigo, pariente, funcionario, paseante (*Tonada del transeúnte* es el nombre de uno de sus poemas), excursionista, carpintero aficionado y eficiente, etc., etc., pero, sobre todo, en su tarea más destacable, en su cometido más asombroso –para mí, por lo menos–: el de padre.

Después de enviudar, a pocos años de casarse, con tres hijos, la mayor de siete años, Manuel Rojas no delega en nadie la educación de los niños y hace de padre-madre-formador-amigo-compañero e, incluso, siempre cuidadoso, siempre justo, los hace participar de su cotidianidad de adulto. Tal era su entrega y conciencia de la atención que les debía para que fueran personas íntegras que, en justificadas ocasiones, no vacila en castigar a alguno de sus «tres abejorros» (*Deshecha rosa*): «...Entonces –dice Paz– [una vez que su padre golpeó a su hermana María Eugenia] oí los sollozos mudos de Manuel» (41). Entonces, y a pesar de la certeza de no haber sido arbitrario, en «El Inmenso» (como lo llamaba un amigo) prima la ternura: «...Las palabras de mi padre, calmadas y serenas, eran para nosotros como ley» (25), completa su hija. Y yo agregó: esa misma ternura y humanidad podemos reconocerla en su literatura: sin ir más lejos, en su cariño a los personajes que elabora.

No podré profundizar, pero me parece muy significativo destacar cómo este escritor amplía los roles de género que se consideraban socialmente asignados, de modo casi inamovible, porque era la mujer la que debía encargarse de los / de sus hijos.

En ciertas oportunidades, Paz identifica personas reales que, como personajes, pasaron a integrar novelas o cuentos de su padre. Todos los datos son útiles para conocer al pariente, al amigo, al ser humano, y algunos antecedentes pueden sernos útiles para saber más del texto que circula al interior del texto: no se trata, por supuesto, de considerar una obra, cualquier obra, sea de Manuel Rojas o no, como un reflejo de todo lo que el autor vivió y escudriñar cada situación para llegar a su biografía, pero puede resultar enriquecedor que haya circunstancias (algunas que nos señala la autora, por ejemplo) que nos permiten «descubrir», acompañar o averiguar cómo elabora o re-elabora un escritor cierto detalle: un paisaje, su realidad o lo que ha vivido, el canto de un pájaro o un acontecimiento: como la huelga que aparece en *Hijo de Ladrón*.

Y esto me permite referir a la crítica literaria: es bueno recordar que, con posterioridad a acercamientos intuitivos, impresionistas y muy dependientes de los gustos personales del crítico hacia los textos literarios, con el tiempo se les opuso una objetividad que, en muchas ocasiones, se centraba en la obra en exclusiva, dejando de lado todo el contexto o la vida del autor. No hay duda que era una simplificación y lo percibimos al leer y aprender de este amoroso libro (no nos olvidemos que *amoroso* significa: lleno de amor), ¿y qué es este escrito sino un gesto, un mensaje de amor al padre, Manuel, para que nosotros, lectores, conozcamos más a la persona, al escritor? Al leerlo, es incuestionable que contamos con más elementos sobre Manuel Rojas y su modo de ser en el mundo; sus reacciones; sus pareceres; sus intereses; su manera de relacionarse con sus hijos, con sus incontables amigos, con sus cercanos, y podemos tener una visión suya y esbozar su retrato, aunque sea de gruesos trazos.

Vuelvo atrás: antes dije que en *Manuel. Una vida con mi padre*, Paz Rojas practica y acoge distintas formas para comunicar lo que fue su vida con el escritor y al transmitirla utilizando,

entre otros escritos, cartas privadas entre él y sus hijos, y las observaciones de ella, reconocemos una biografía de facetas absolutamente desconocidas del escritor que nadie más podría haber difundido hoy. El trabajo de Paz es, asimismo, testimonio y memorias porque da a conocer modos de relacionarse y sucesos –más o menos personales– que sucedieron en una determinada época. A mi modo de ver, *Manuel. Una vida con mi padre* puede considerarse, asimismo, una mini autobiografía acotada de la autora, circunscrita a un cierto momento de su vida «...el espacio de los años que vivimos juntos» (9)–, aunque, hay que señalarlo, hay veces en que se traspasan esas barreras temporales.

Quisiera terminar aludiendo a la correspondencia utilizada por Paz Rojas en este libro. Si observamos, advertimos que no da a conocer solamente las cartas que su padre le dirigió a ella, sino que aparecen, asimismo, las enviadas a sus hermanos que ya no están. Leo esta decisión y preferencia como un deseo de volver a conformar la comunidad fraterna y como un homenaje a los que partieron antes: su hermano Patricio; Eugenia, quien con el seudónimo de Resalía Fuentes escribió más de alguna vez en la revista *Araucaria* y, por supuesto, Manuel Rojas, su padre.